

## MEDIO SIGLO DE INTEGRACIÓN EUROPEA

El último Consejo Europeo ha estado dominado por la política energética y los grandes titulares han correspondido a los objetivos obligatorios de reducción de emisiones de gases de efecto invernadero y de implantación de energías renovables. Sin embargo, ha habido otro asunto que ha sido objeto de la atención de los jefes de Estado y de Gobierno reunidos los días ocho y nueve de este mes en Bruselas, que ha pasado prácticamente desapercibido a pesar de su enorme trascendencia. Muy pronto, con motivo de la celebración del quincuagésimo aniversario de la firma del Tratado de Roma, que vio la luz el veinticinco de marzo de 1957, la Presidencia alemana hará público un manifiesto, que deberán refrendar los veintisiete Estados-Miembros, en el que se trazarán las grandes líneas de la Unión de las próximas décadas. Los líderes europeos han tenido ocasión, entre sus discusiones sobre el papel que ha de jugar la energía nuclear en la lucha contra el cambio climático o cuál ha de ser la distribución del esfuerzo a la hora de cumplir las ambiciosas metas fijadas de cara a establecer un *mix* energético más limpio, de cambiar impresiones con motivo de la elaboración de tan importante documento.

La relevancia de este pronunciamiento deriva de que todo el mundo coincide en que no se tratará de una simple declaración retórica para vestir la conmemoración del gran acuerdo que dio origen a la Comunidad Económica Europea, sino que contendrá de verdad los elementos clave para atacar de frente los principales problemas a los que se enfrenta la Unión. La crisis constitucional, la falta de competitividad de nuestra economía y la definición de las fronteras comunitarias son, sin duda, las tres asignaturas pendientes de la Europa unida. Por supuesto, estos tres temas están estrechamente relacionados entre sí e intentar su tratamiento por separado conduciría irremisiblemente al fracaso. El rechazo por parte de Francia y Holanda al nuevo Tratado, el estancamiento de la Agenda de Lisboa y los profundos temores que la ampliación hacia los Balcanes y Turquía genera entre los ciudadanos no son hechos aislados e inconexos. Son manifestaciones diversas de un mismo fenómeno, la fatiga que experimenta Europa tras medio siglo de un proceso de unificación que ha sido un éxito indudable, pero que necesita urgentemente un cambio de enfoque valiente e imaginativo. La Declaración de Berlín, en la que Angela Merkel se juega su prestigio, ha de hablar a la mente y al corazón de los europeos y les ha de señalar de manera clara, directa y comprensible el camino de salida del *impasse* en el que la Unión está metida. Hace tiempo que un texto emanado de una

cumbre europea no suscitaba tanta expectación y por ello no puede defraudar. El modelo social, el dinamismo de nuestro sistema productivo, la vigencia de nuestros valores, la presencia activa de Europa en la escena global, son los componentes ineludibles de la empresa común que la Declaración ha de afrontar.

Aleix Vidal-Quadras